

La presencia real en el corazón de la veneración eucarística

Monseñor Rudolf Michael Schmitz (Alemania)¹

La conclusión de un trabajo intelectual debe ser siempre, al mismo tiempo, un comienzo. Ya se trate de un mejor conocimiento de verdades habituales o de nuevos puntos de vista sobre contextos familiares, todo ello permite al individuo —autor o receptor de estudios relacionados con la espiritualidad— apreciar mejor los niveles que puede alcanzar el pensamiento humano, pero también los dones de la revelación divina. Y ese era precisamente el objetivo de nuestro coloquio. El bien sublime de la sagrada Eucaristía y las múltiples formas en que se venera no deberían ser objetos inertes de un interés puramente teórico y objetivo; conviene estudiarlos como una fuente viva de renovación de la vida eclesial. Sin duda, los organizadores y participantes del coloquio de este año tenían como objetivo común, desde el principio, salvar del olvido los tesoros de la liturgia que la Iglesia ha desarrollado a lo largo de los siglos bajo la inspiración del Espíritu Santo, e iluminarlos mediante una investigación científica sustentada en la fe. Solo en la medida en que las riquezas litúrgicas y teológicas del culto eucarístico sigan siendo conocidas en su plenitud, podrán impedir que se empobrezcan las formas eclesiales puestas al servicio de Dios Todopoderoso.

No creo exagerar al afirmar que, también este año, se ha alcanzado este objetivo. La amplia gama de temas tratados, el estudio en profundidad de problemas específicos por parte de los distintos ponentes, la participación activa de los oyentes y, por supuesto, las numerosas conversaciones que se han mantenido al margen de nuestro encuentro dan testimonio de que es vano pretender, como afirman algunos, que la liturgia clásica es estéril. Por el contrario, hay que afirmar que, en la medida en que hayamos asimilado bien lo que aquí se ha presentado, la multiplicidad de elementos teológicos, litúrgicos, históricos y musicológicos que conlleva precisamente la veneración del Santísimo Sacramento no dejará de fecundar en profundidad y de hacer fructífera nuestra vida intelectual y espiritual a todos. A pesar de la gran y notable diversidad de sus aspectos, la amplia gama de temas tratados aquí no impide que se pueda reconocer en ellos una línea común: ya se trate de las ponencias centradas más en cuestiones de doctrina, como el apasionante estudio que nos ha presentado Mons. Lagrange, ordinario del lugar, sobre la veneración eucarística en nuestro Santo Padre el papa Juan Pablo II, o de las reacciones de la Iglesia ante las herejías eucarísticas presentadas por el abad Clément, de la doctrina de la encíclica *Mediator Dei* expuesta por el Sr. Graf, o incluso de los estudios sobre la historia de la liturgia del abad Quoëx, del abad Chanut, del P.

¹ Conferencia pronunciada durante el II coloquio del C.I.E.L., octubre de 1996.

Folsom y del R.P. Lugmayr, de las consideraciones del R.P. de Margerie y del R.P. Wladimir-Marie de Saint-Jean sobre la teología pastoral, o de las consideraciones históricas y musicológicas del Sr. Davies y del Prof. Boogaarts. Todos estos trabajos enriquecedores e impresionantes ponen de relieve, sin embargo, más allá de la multiplicidad y la gran diversidad de la información presentada y de los hechos expuestos, una línea fundamental común que la Iglesia ha atesorado a lo largo de los siglos y que no debe desaparecer ahora.

Se constata, en efecto, que todo lo que ha hecho la Iglesia para establecer una justa adoración de la Eucaristía se inspira en la constatación de que, por naturaleza, el hombre está destinado a venerar y adorar la presencia del único Dios verdadero. Cuando esta Divinidad está presente, la Iglesia debe, en todas las formas que utiliza, llevar al hombre a la reverencia que es la única que garantiza la adoración que se le debe a Dios. Para eso sirven todas las formas, para eso sirve toda profundización teológica, para eso sirve todo el culto. Y, cuando el objeto de nuestra adoración —cuya necesidad la Iglesia, a lo largo de la historia, ha reconocido cada vez con mayor claridad— ya no es la Eucaristía, entonces el hombre pierde su propia esencia. La Iglesia persigue un único objetivo: llevar a todos los hombres a la forma última de la adoración escatológica, en la que se nos promete que «veremos a Dios tal como es» (1 Jn 3,2). El misterioso resplandor de lo que será esa existencia eterna y definitiva para la que Dios nos ha creado se encuentra, sin verse disminuido, en la adoración eucarística, en el sacrificio de la misa, en la comunión, en la exposición del Santísimo Sacramento. Todo ello tiende a la adoración en un homenaje eterno. Por eso me permitiré, a modo de conclusión de este coloquio, presentar algunas breves reflexiones sobre esta orientación fundamental de todo culto eucarístico.

I. La adoración es un comportamiento fundamental del hombre

La adoración es la forma más elevada de veneración a la que puede llegar el hombre. De todas las criaturas visibles, solo el hombre posee el don de reunir sus fuerzas espirituales para concentrarlas por completo en la contemplación y la admiración de un ser superior. Del mismo modo que, en el ámbito filosófico, solo él conoce la curiosidad de la que nace el conocimiento, se puede decir que, en el ámbito sobrenatural también, solo él es, por definición, *adorationis capax*. Pero, como siempre, a la capacidad más elevada del hombre le corresponde su drama más profundo. Al haberse alejado el hombre, desde el principio, brutalmente del único objeto de verdadera adoración, ha caído, de la contemplación del infinito, en el egocentrismo más bajo. Y es por eso que, precisamente cuando posee la capacidad de venerar incondicionalmente a su Creador hasta el punto de poder olvidarse de sí mismo, se ve sometido a múltiples tentaciones que quieren hacerle tomar a la criatura como objeto de la más alta veneración.

Y el paradigma de estas tentaciones lo encontramos en la de Cristo en el desierto, donde el eterno adversario quiere llevarlo, para su perdición, a la adoración de la criatura: «le muestra todos los reinos del mundo con su gloria y le dice: “Todo esto te daré, si te postras y me rindes homenaje”» (Mt 4, 8-9). A esto, el Señor responde recordando un pasaje del Antiguo Testamento que establece claramente el objeto de toda adoración verdaderamente digna del hombre: «Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo rendirás culto» (Mt 4,10; Dt 5,9; 6,13). Cuando el hombre hace caso omiso de este mandamiento —que corresponde a la esencia más profunda de su naturaleza—, por retomar una frase de Chesterton: «No adorará a nada, sino a todo». O bien colocará a su propia persona en el trono de su adoración ilimitada, o bien tomará como objeto de una parodia de adoración a una persona o una cosa, la cual no será en verdad más que el reflejo de su propia concupiscencia desordenada. Cuando el hombre se aleja del centro propio de la capacidad humana de adoración, se crea un vacío que tiende necesariamente a llenarse. En cuanto Dios deja de ser el objeto de su adoración, será sustituido por un ídolo. El rostro de este ídolo, que entonces aparece digno de adoración ante el pecador cegado, puede adoptar las formas más diversas. Pero, detrás, siempre se esconde la mueca burlona de aquel que triunfa porque, una vez más, una criatura ha aceptado lanzar el grito de la rebelión original: «*Non serviam* —no serviré».

La adoración de ídolos esclaviza. El dominio despiadado que ejercen sobre las fuerzas espirituales del hombre puede rebajarlo hasta la animalidad. Quien hace de sí mismo o de otra criatura el objeto de un culto desmesurado se rebaja al nivel de esa criatura. Cuando se desvía en beneficio de una criatura, la capacidad de adorar a Dios —capacidad que da al alma humana tanta fuerza para alcanzar una dimensión natural y sobrenatural: *anima est quodammodo omnia* —pervierte al hombre en su totalidad. Todo se mide con la vara engañosa del objeto adorado. Al hacerlo, el hombre pierde de vista el Todo, lo Bello, lo Verdadero, lo Bueno. Su mundo se encoge, se vuelve ciego.

Pero cuando el hombre cultiva la verdadera adoración y, por tanto, hace de Dios el objeto de esta capacidad de su alma, esta se ensancha y se agranda. Incluso el hombre sencillo, quizá limitado cultural o intelectualmente, puede poseer un gran alma cuando la abre a la verdadera adoración. Tal es el misterio de la verdad católica que eleva al hombre en su totalidad. La mirada que le hace dirigir hacia lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello se abre, porque entonces el hombre fija sus ojos en el ser presente de Dios, porque lo adora. Y así se desarrollarán no solo su fe y la fuerza sobrenatural de su alma, sino también su sensibilidad hacia el verdadero valor de las cosas. Quien se somete al Altísimo y encuentra así su lugar en el Todo del orden divino tendrá menos dificultad para situar en su justo lugar las demás cosas según la jerarquía de valores creada por Dios, y para sustraerse al desorden nacido de un orgullo que no quiere deber nada a nadie. Si el hombre emplea correctamente esta capacidad sublime de su alma, sus demás capacidades se orientarán entonces en función de la primera, la fundamental. Quien haya encontrado, por así decirlo, el *la* a partir del cual deben

ajustarse todas las demás notas, se encontrará en armonía con la melodía de la vida que Dios ha querido para él. Y ese *la* es precisamente la adoración.

II. Los criterios de la verdadera adoración

Dicho esto, tal y como ha quedado muy claro en este coloquio, existen criterios que permiten distinguir entre la verdadera adoración —la que conviene al hombre y en la que Dios lo libera y lo eleva— y la falsa adoración, la idolatría. Estos criterios se reflejan en toda la liturgia y se concentran especialmente en la adoración del Santísimo Sacramento.

a. «En espíritu y en verdad»

El Señor mismo dijo: «Dios es espíritu, y quienes le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad» (Jn 4,24). Algunas de las ponencias dogmáticas presentadas durante este coloquio tenían precisamente por objeto poner de relieve esta verdad como criterio de la adoración correcta de la Eucaristía. Cuanto más se ilumina el objeto de la adoración por la Revelación, más profundamente se verá cautivado el adorador por la fuerza de la verdad que emana de ese objeto. Por eso, solo puede adorar verdaderamente quien reconoce la verdad plena en el objeto de su adoración o, al menos, quien la reconoce en la medida en que se lo permiten sus capacidades humanas de comprensión. Esta es sin duda una de las diferencias importantes entre la adoración humana y la adoración angelical, pero también la diferencia entre la adoración aquí en la tierra, *in umbris et imaginibus*, y la de la patria eterna. No obstante, sin ese resplandor de la verdad, la percepción intuitiva de la adoración sigue siendo imperfecta o incluso, si el error es total, se vuelve totalmente imposible.

b. Forma y espíritu

Sin embargo, la adoración «en espíritu y en verdad» no puede prescindir de la forma adecuada. Como hemos visto, la Iglesia tardó mucho tiempo en establecer, y no sin dificultades, esta forma; en efecto, si se quiere revestir lo sublime de un aparato que sea digno de él, todo cuenta: cada gesto, cada adorno, cada paso. Ahí reside el auténtico sentido del respeto a las rúbricas, que con demasiada frecuencia se confunde con un formalismo vacío o un frío legalismo. Es el espíritu el que crea la forma para poder comunicarse a través de ella. Una adoración a Dios en espíritu pero sin forma es, por tanto, una contradicción en sí misma. Lo «sin forma» engendra el caos y no la adoración. Por lo tanto, afirmar que una forma puede endurecerse y, por lo tanto, perder su espíritu es un prejuicio. Solo pueden endurecerse y perder el espíritu, a lo sumo, aquellos que se sirven de la forma, cuando ya no comprenden el espíritu que habita en ella y piensan que, al destruirla, liberarán a aquel. En

realidad, con la forma destruyen también el espíritu y, al no tener ya el espíritu, no pueden recrear ni la forma ni el espíritu. Entonces solo queda el caos.

Quienes, por el contrario, tratan de comprender el espíritu en la forma, serán llevados, por la forma, hacia el espíritu. Cuando se estudian las formas de la adoración litúrgica del Santísimo Sacramento —como ha sido notablemente el caso aquí—, se llega finalmente al espíritu de adoración que emana de ellas. Mantener los dedos unidos tras la transustanciación, utilizar la patena para la comunión, preparar minuciosamente la comunión de los enfermos: ¿qué son todas estas cosas, sino gestos visibles de delicada adoración? Las genuflexiones, por supuesto, pero también cada gesto de adoración eucarística dicen, con el apóstol Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». El espíritu de la forma litúrgica es la adoración.

c. La reverencia

El espíritu en verdad y en forma es objeto de temor respetuoso —o reverencia—. El filósofo Dietrich von Hildebrand percibió bien hasta qué punto la reverencia es la virtud de la religión por excelencia, pero también cuán inseparable es de la adoración que se apoya en el conocimiento de la verdad revelada: «Sin embargo, la base fundamental [...] del comportamiento justo [...] frente a lo que está por encima de nosotros, frente a Aquel que, desde “lo alto”, se dirige a nosotros, frente a lo absoluto, frente al reino de lo sobrenatural, frente a Dios, es la reverencia. Es la madre de todas las virtudes, de toda religión. Y es la base y el comienzo, en primer lugar porque es precisamente ella la que hace que nuestro espíritu sea capaz de alcanzar el verdadero conocimiento. [] Solo quien venera es capaz de verdadera exaltación, [...] de verdadero amor y de verdadera obediencia». [*Liturgie und Persönlichkeit*, St Ottilien 1989, p. 43.] Sin embargo, en el hombre, la reverencia solo puede desarrollarse en el respeto de la forma. Somos demasiado esclavos de los sentidos para poder vivir una reverencia puramente intelectual y espiritual, a la manera de los ángeles, por ejemplo. Solo quien se apega a la forma alcanzará la reverencia, la cual le llevará a un conocimiento aún más profundo. No hay, pues, por qué sorprenderse de que la supresión de las formas vaya acompañada de una falta de reverencia en el modo en que se trata la Eucaristía, hasta el punto de que nos veamos amenazados por la descomposición definitiva de las verdades eucarísticas.

La reverencia —entendida como temor respetuoso— no es miedo. Se puede decir con razón de toda la liturgia que es una representación santa en la que el cielo y la tierra se encuentran. Cada uno tiene en ella su lugar, que debe conservar y ocupar con humilde respeto por las formas queridas por Dios, y que protegen el espíritu. En la medida en que el hombre lo haga con la voluntad de penetrar más profundamente en los misterios presentados, la reverencia, perfeccionada en sus formas y tal como se expresa en los actos litúrgicos, le abrirá un conocimiento tan profundo que le obligará a arrodillarse para adorar. Pero verá al mismo tiempo —y así se cierra el círculo

—cómo todo lo demás se une en un orden que impone la reverencia ante Aquel que ha creado ese orden, un orden que, en su momento más denso, significa que Dios mismo está presente en este mundo. Así, el espíritu de verdadera adoración en la liturgia permite a quien venera descubrir «el misterio de las profundidades infinitas que habita en todo ser como algo que proviene de la mano de Dios». [*Ibid.*, p. 50.] Quien preserva con reverencia la forma de la liturgia llega no solo a adorar, sino también a comprender. Al igual que en la vida de la Iglesia, la liturgia y la sabiduría, la música y el arte, el espíritu y la forma confluirán en su vida en una armonía que ya puede dar una especie de anticipo de lo que se nos dará en el más allá.

III. Nuestro objetivo

Para alcanzar este objetivo, y así conducir a los hombres a la adoración eterna, la Iglesia siempre se ha esforzado por orientar el don humano de la adoración en este mundo visible hacia el único objeto que, en esta tierra, sea digno en el pleno sentido de la palabra de tal comportamiento: el Dios Todopoderoso, que se hizo carne en Jesucristo, presente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Las duras luchas que ha tenido que librar para afirmar y profundizar la fe en la presencia real han servido de base para una espiritualidad eucarística cada vez más centrada en la adoración. Por último, el más mínimo gesto realizado por el sacerdote al manipular las especies eucarísticas, cada genuflexión, todas las precauciones tomadas para la distribución de la Santa Comunión y todos los cuidados puestos en la buena preparación del altar, si bien sirven para manifestar la reverencia debida a Dios, también tienen por objeto mostrar claramente al pueblo cristiano que no solo el Señor está presente, sino también que, en nuestra propia actitud, le debemos una especie de manifestación concreta de nuestra adoración. Así como María Magdalena ungió con un bálsamo precioso al Señor presente y le enjugó los pies con su cabello, del mismo modo el hombre pecador —sacerdote o laico— que entra en contacto con la Eucaristía está obligado a una *tractatio Sanctissimi* conforme a su estado y acorde con la más elevada reverencia.

Recordar mejor este objetivo de la liturgia eclesial, tal era el propósito del coloquio de este año. No son la polémica ni un espléndido aislamiento lo que hará revivir el espíritu de reverencia y adoración, sino más bien una profundización y una amplia difusión del conocimiento que tenemos de ello. El gran mérito de los organizadores es haber avanzado más en este camino y haber reunido, también este año, a autores capaces de presentarnos y explicarnos la relación entre verdad, forma y reverencia, para promover así aún más la adoración como actitud fundamental del culto eucarístico. Les estamos agradecidos a todos ellos. Pero, sobre todo, debemos dar gracias a Aquel que se inclinó sobre nuestra pobreza y no quiso sustraerse a nuestra mirada de adoración: el Dios Todopoderoso, visible entre nosotros en Jesucristo, su Hijo único. Quienes, gracias a las ponencias presentadas durante este coloquio, hayan comprendido mejor las profundidades de la adoración que, venida de los abismos de la eternidad para penetrar en este mundo,

manifiesta en las formas litúrgicas, comprenderán que quiera concluir con estas palabras:

Misericordias Domini in aeternum cantabo.